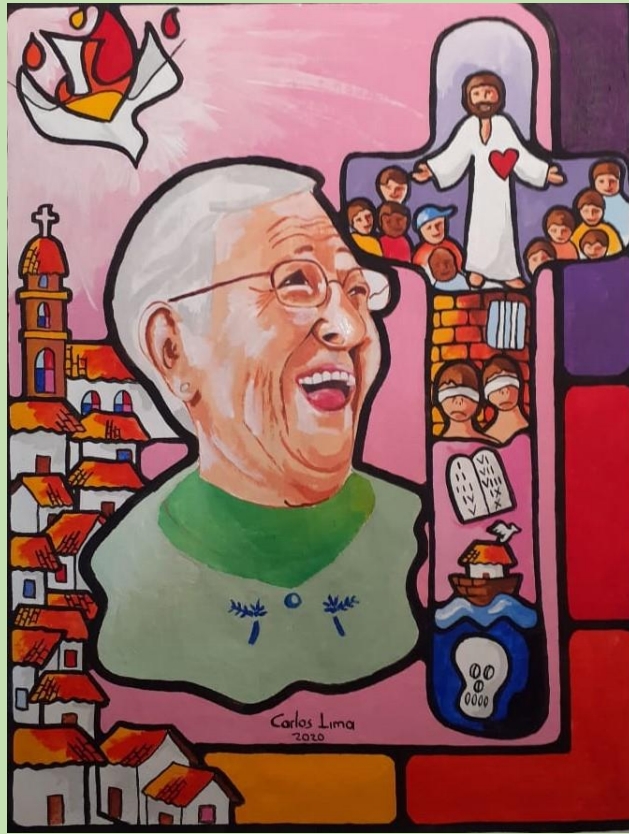


TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Cecilia Naranjo Botero “Ceci”

(Manizales, 1938 -)



Cecilia Naranjo se asomó por la ventana aquel día de 1990. Su talante se expresó totalmente desde el tercer piso del inquilinato en que vivía, cuando desde abajo le decían que se sumara con las comunidades de base que acompañaba al paro nacional que se celebraría en esos días. “La gente no es ganado para estarla arriando, ellos verán que deciden”.

“Curada de los oportunistas”, bajó al primer piso e invitó a seguir al mensajero. En esa casa fraccionada en pequeñas piezas de alquiler en el barrio La Gaitana de Bogotá, se asomaban vecinos del sencillo cuarto en el que Ceci vivía con su compañera de comunidad, Cecilia González. Ya adentro se divisaba el camarote, una pequeña biblioteca hecha con ladrillos y tablas, muchas sillas de lona plegables, pelotas, cortes de hule, varios delantales y baberos de bebé que hacían para ganar el sustento. La invitación a la movilización se esfumó de la conversa.

En la biblioteca destacaban los libros en portugués del biblista Carlos Mesters. Mientras servía las lentejas y el arroz que habían preparado para almorzar ese día, empezó a deshilvanar la historia de esos libros. Ese día comenzó, a entrelazarse la historia de una amistad, de esas que ni el tiempo, ni la distancia, ni otros obstáculos, logran romper.

Habían traído de Brasil los libros porque en los años 90 debieron salir exiliadas en medio de la persecución que se les vino encima cuando animaban las Comunidades Eclesiales de Base en Bolívar

(Santander). Gracias al padre Hugo Canavan pudieron viajar a visitar comunidades en el país donde mejor florecieron en el continente. En Santander, después de la muerte del obispo que les apoyaba, llegó otro obispo militar (castrense), que les impidió seguir trabajando ahí y debieron abandonar su diócesis. Algo similar les había ocurrido en otra misión que les marcó su vida en el barrio Minitas de Manizales.

“Ceci”, como le dicen sus amigos, pudo quedarse gozando de los privilegios eclesiales que le podía ofrecer una comunidad religiosa que servía a hijas de familias prestantes. Pero no, su gozo no estaba en acomodarse. Ella, desde su propia casa experimentó la contradicción de una sociedad de clases. Provenía de la aristocracia de Manizales. Su mamá María Botero, era una mujer muy acogedora, tanto que a su casa le llamaban “el hotel marujita”. Su papá, Marco Naranjo, era un abogado libre pensador, docente, defendía a los pobres que le pagaban con un par de gallinas, era comunista. Esa opción de su padre marcó su vida. Adoraba a su papá pero a la vez le atormentaba que por ser comunista “se fuera al infierno”. Sus rezos y los de su familia fueron por su conversión.

En 1963 cuando llegó al aeropuerto de Bogotá para tomar el avión a Roma, donde iba a estudiar, su familia que la despedía, solo veía de su cara los ojos, la nariz y parte del mentón recubiertos por el borde blanco de una larga toca negra que hacía juego con el hábito que le cubría hasta los tobillos. Cuando fueron a recogerla de regreso a Colombia, la vieron transformada de hábito y de misión, estaba virando hacia el compromiso con los más empobrecidos.

Su primer diálogo en Roma con su formadora María Luisa Schroen, empezó con piedritas en la mano: “nosotras no nos vamos a entender” - le dijo Cecilia, “yo latinoamericana y tu gringa, vienes del imperio que nos oprime”. María Luisa, con sonrisa comprensiva, empezó a romper el muro de hielo que las separaba de entrada, preguntándole por la familia, hasta que le contó su más honda pena: su amado padre se iba a condenar por ser comunista. Y ¿quién es su papá? Le preguntó ella. Pues un hombre al que le duele la injusticia, le gusta defender a la gente, es abogado, ayuda a los más pobres y no le importa que no le paguen por las asesorías que les hace en sus litigios laborales. A lo que le respondió la maestra con una certeza que no le dejó pie a duda. El es una persona que cumple con las obras de misericordia y va al cielo así no le guste ir a misa, pues ayuda a los necesitados. Es lo que pide el Evangelio “porque tuve hambre y me diste de comer”. Esa religiosa, hija de los nuevos vientos que soplaban en la iglesia, le ayudó a encontrarse con sí misma, y a experimentar en sí la profunda crisis que la llevaría a firmar su opción por los pobres.

A las tinieblas del Vaticano le llegaron nuevas luces con la elección del papa Juan XXIII. Vinieron los cambios: del encierro a la calle, del privilegio a la opción por los empobrecidos, de una iglesia piramidal a una de comunión y participación, de una institución centrada en el poder a una iglesia pueblo de Dios, de una misa de espaldas y en latín a una celebración de cara a la gente y en su propio idioma. Y Ceci, desde el convento, pudo vivirlo todo. El papa estaba visitando enfermos y prisioneros en las cárceles de Roma y a la vez convocaba el Concilio Vaticano II que concluyó el papa Pablo VI. Vino luego la Conferencia de Medellín de 1968 donde la iglesia latinoamericana asumió la opción por los pobres.

Esas opciones eclesiales se materializaron en el compromiso vital que asumió. En Manizales llegaron a trabajar con Cecilia González en dos Colegios. Ceci en el del Sagrado Corazón que formaba a las niñas de la aristocracia y Cecilita en una escuela popular. Un día, Ceci, le compartió ésta idea: “Que tal si

acordamos reuniones entre las niñas de los dos colegios para que se encuentren, y ver si logramos eliminar las clases sociales”. Años después Ceci evoca ese sueño diciendo con contundencia: “¡fue un fracaso total!”.

El proceso pastoral que construían las confrontó con el modelo de iglesia pre-conciliar. Su opción por las comunidades eclesiales de base chocó con el párroco que empezó una campaña en su contra, acusándolas de revolucionarias. Cuando quisieron adaptar una sencilla habitación como oratorio, el párroco se opuso porque no tenía paredes de cemento. Ellas, sin contradecirle, decidieron que esa habitación la destinarían a la acogida de quienes lo necesitaran, para que “habite con ellas el Cristo vivo”.

“Las Cecilias” no tuvieron más que hacer sus maletas y viajar a Bogotá para reunirse con su congregación y esperar el soplo del Espíritu. Más tardaron en dejar Minicas que encontrar otro desafío misionero. El padre Ignacio Galindo les propuso ir al municipio de Bolívar (Santander). Después de darse tiempo para consultar y decidir, asumieron el desafío.

Las comunidades eclesiales de base se multiplicaban en el campo. Allí Ceci conoció a Jacinto Quiroga y a su esposa Hilda. En las reuniones comunitarias que la pareja animaba, leían un texto bíblico y lo interpretaban de acuerdo a la situación de pobreza e injusticia que padecía el campesinado y a las violaciones a los derechos humanos en plena vigencia del Estatuto de Seguridad que dejó cientos de torturados, asesinados y desaparecidos en el país (1978-1982). Fe y política se entrelazaban en Bolívar, a donde llegaban también las homilias del arzobispo salvadoreño Oscar Arnulfo Romero, haciendo comunión latinoamericana en una iglesia de los pobres.

A Jacinto lo detuvieron y torturaron los militares. Cecilia se convirtió, junto a otros amigos sacerdotes, en soporte para la familia y en mensajera de esperanza para el líder campesino, pero también para mujeres y hombres de la comunidad que padecieron la más dura represión por parte del régimen. Desde la cárcel Jacinto supo del compromiso de sus amigas religiosas y escribió en una carta “El vicario me llevó a la casa cural del Socorro. Allí estoy varios días. Esta era la antesala a mi presidio. En esta residencia escucho la voz de la Hermana Cecilia Naranjo que pregunta por mí desde la portería. Responden: aquí no se encuentra. Me dirijo a la puerta y le digo: Es que yo estoy como los leprosos del evangelio: los que se me acercan quedan contaminados. Ya en la cárcel recibo la visita de las Hermanas Cecilias. Su visita fue como un consuelo en esos momentos en que los presagios acompañaban la incertidumbre.”

Volviendo a La Gaitana, una tarde de 2013, en un televisor del vecindario vio como el general Mora Rangel, comandante de las fuerzas militares, acusaba a miembros de la Comisión de Justicia y Paz, entre ellos a aquel que un día recibió desde la ventana 15 años atrás y a quien le unió una estrecha amistad en el ir y venir de las reuniones, encuentros, celebraciones, marchas y encuentros de las comunidades eclesiales de base. Tomó el teléfono y le preguntó: ¿En qué puedo ayudar? Y él le contestó “yendo al Cacarica, a acompañar”. Ni corta ni perezosa se las arregló para un largo viaje hasta el Chocó. Tomó el bus en Bogotá, en Turbo se subió a una panga, en La Tapa tomó un bote, hasta llegar a los espacios humanitarios en donde resistía la comunidad. Eran objeto de una feroz amenaza por parte de paramilitares, militares y de la empresa Maderas del Darién, quienes fraguaron el montaje contra ellas y sus acompañantes, acusándoles de guerrilleros.

Una mañana, junto a la hermana de su comunidad, Alette Latorre acompañaba a un grupo de afrocolombianos, selva a dentro, a buscar madera para construir sus viviendas. Mientras escuchaban durante toda la mañana el ruido de las motosierras se estremecieron con el estruendo, al caer, de un frondoso árbol del que salían pájaros, ardillas, murciélagos. Al estrellarse contra el suelo, la tierra tembló. Ceci se dijo en ese momento “Cecilita murió”. De regreso a la comunidad, al verla llegar, salieron a su encuentro para darle la triste noticia del fallecimiento de su querida amiga. Ella, como ese árbol frondoso murió en Bogotá. Tras las dificultades del viaje, Ceci prefirió no salir. La lloró más bien, en medio de esa selva y en los hombros de la comunidad afrocolombiana. Ese era el mejor homenaje para su entrañable compañera, estar acompañando.

De vuelta en Bogotá, recibió la información de una acción paramilitar en el Jiguamiandó (Chocó). La comunidad estaba sola y no se sabía si había sobrevivientes. Ceci no dudó en viajar para acompañar. En una avioneta llegó con uno de sus compañeros de trabajo a Murindó (Antioquia). Allí buscó a los misioneros que tenían programada una verificación de la situación. Cuál fue la sorpresa que, en medio de esas difíciles circunstancias, les dijera un sacerdote: “el obispo no quiere saber nada de Justicia y Paz, ustedes no pueden ir con nosotros”. No tuvieron más opción que buscar un compañero de la comunidad que consiguió un bote y aventurarse solos.

Ya en la comunidad, cuando el sol se estaba escondiendo, empezaron a salir mujeres con la mirada extraviada, mientras Ceci observaba las perforaciones echas por las balas en las paredes de las humildes casas de madera, en las tejas de zinc, en los tanques de agua. Tras la presencia de ella y su compañero, siguieron saliendo una a una. No quedaba más opción que un texto bíblico “no teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma” y las palabras empezaron a brotar. “Se nos llevaron a un compañero y en la balacera nosotros nos metimos al monte donde pasamos toda la noche y sólo hasta ahora salimos”. Al rato alguien trajo una Biblia traspasada por una bala de tapa a tapa.

Ahí, la compañía de Ceci, en los momentos más difíciles, volvió a ser presencia divina para recobrar el aliento y seguir viviendo. Esa ha sido y sigue siendo su vida, que hoy se mueve, a los 83 años de edad, entre alimentar las amistades desde sus compañeras de colegio, su comunidad y por sobre todo, la de las comunidades populares que acompañó en Minitas, Bolívar, La Gaitana, y en el apoyo a las comunidades campesinas que resisten en una Colombia, en donde continúa la guerra, aunque se haya firmado un acuerdo de paz.



www.kaired.org.co

Abilio Peña Buendía
Teólogo, defensor de derechos humanos
e-mail: amateo66@hotmail.com

